

NOTAS

HACIA LA SOCIEDAD DE LOS GRANDES ESPACIOS

En muy pocos años la sociedad mundial ha experimentado una transformación sin precedentes. La aceleración histórica y vital que nos envuelve por todas partes, desde todas las esquinas del saber, de las nuevas técnicas o de la investigación científica, determina en primer lugar una multiplicación creciente de las posibilidades humanas. A continuación, de las posibilidades del tiempo. Durante los últimos lustros el mundo se ha despegado hacia el progreso, consiguiendo una serie de conquistas superiores en número e importancia a las logradas por varios siglos de especulaciones y tanteos teóricos. Su influencia sobre la sociedad que le da vida es capital, revolucionaria, y se encuentra esperanzadoramente abierta a una continuidad de incalculables consecuencias. En buena medida, la inestabilidad social de nuestros días tiene sus bases en la inexistencia de un humanismo capacitado para servir de plataforma sustentadora a tan febriles impulsos superadores.

Con las deficiencias propias de toda clasificación cronológica, en este fenómeno apreciamos cómo con la terminación de la segunda guerra mundial se inició en todos los países un deseo de lógica superación, y quizá impulsados por necesidades apremiantes, se lanzaron a la conquista del bienestar en una carrera progresivamente acelerada. Han bastado muy pocos años para que con el avance de las ciencias experimentales y la explosión demográfica, entre otras causas impulsoras, aquel movimiento originario se convierta en un modo normal de entender la existencia. Ahora los hechos se suceden con impulsos propios, lejos en muchos casos de la voluntad humana. Y la corteza del mundo ha cambiado de forma y estructura; los hombres que la pueblan, a su mismo ritmo crepitante, están cambiando de mentalidad. La sociedad no es ya la misma y cambia cada día en casi todas las latitudes del mundo. En su interior, la consecuencia del proceso se ha manifestado alterando los órdenes de convivencia de los pueblos y suplantándolos por caracteres comunes y universales en las formas de vida y en las manifestaciones del pensamiento.

A estas alturas, acusadamente en la geografía del Continente europeo, estamos asistiendo a la real configuración de una sociedad sin fronteras, con caracteres que se irradian por igual en todos los países a su alcance. A escala mundial, por la existencia del Tercer Mundo y de los países subdesarrollados, el fenómeno ha empezado a manifestarse con dolorosa lentitud, apenas está esbozando sus primeros pasos. Entre nosotros, por encima de las diferencias raciales y temperamentales, se está afirmando la tabla rasa de una generalidad en la que no caben fuertes choques psicológicos ni distinciones fundamentales entre las ideas de los hombres y el desarrollo de las colectividades. La evolución económica empieza a ser paralela en todos los países; las situaciones que subyacen en la vida política, la vida política misma, adoptan una configuración no excesivamente diferenciada; los hombres acusan una igualdad de formas en su existencia. El hecho se encuentra en el mismo centro de la vida europea, y de acuerdo con él empieza a prefigurarse el desenvolvimiento de las instituciones. En los casos en que esto no es así o existe timidez al tenerlo en cuenta, nos encontramos con reiteradas convulsiones político-sociales o con situaciones de inestabilidad latente. Los pueblos no pueden nunca, a menos que quieran poner en peligro su condición de enraizadores vitales para el hombre, desplazarse a remolque de las exigencias de la sociedad que les da vida.

La sociedad sin fronteras es un hecho vivo y concreto. Cada día que pasa tiene menos que ver con abstracciones teóricas o especulaciones mentales. En sus irradiaciones está afectando a millones de hombres; ha dejado a sus espaldas una buena parte de las instituciones donde nos hemos venido encuadrando tradicionalmente. De aquí, por su propio peso, se desprende esa sensación angustiosa de vacío que experimentamos. El hombre de hoy se ha quedado sin las anclas brindadas por el pasado y no puede todavía, porque no están a su alcance, afirmarse en las que habrán de sustentar su porvenir. El hecho no es nuevo y se ha manifestado históricamente en todos aquellos momentos caracterizados por su situación de encrucijada.

Las consecuencias prácticas, reales e insoslayables de la sociedad sin fronteras, ya se están dejando sentir en buen número de países y es de esperar que aumenten en el futuro. Al margen de cualquier otra clase de derivaciones, por su propia realidad inevitable, se han introducido en nuestra vida. Tienen por delante bazas decisivas en la configuración de la nueva conciencia europea; una conciencia que, bien lo tiene demostrado a través de la historia de la Humanidad, es capaz de irradiarse y extenderse en sus fecundas conquistas por los cuatro puntos cardinales del mundo.

Nuestra vida no es ya la misma de ayer. Y será completamente distinta de la que se nos acerca desde mañana. El hombre es hoy el receptor de un

progreso que crea con sus manos y que se le devuelve inmediatamente henchido de dimensiones desconocidas. Las nuevas fuentes de energía puestas en movimiento, la producción automática, los deslumbrantes avances de la ciencia y la investigación determinan un momento humano de mutación sustancial. Se nos ha tecnificado el medio vital hasta el punto de convertirse a la vez en unas cadenas y en un horizonte de liberación. Y el señorío del hombre sobre la Historia y su propio destino, en decadencia absoluta, se encuentra estrechamente ligado a esta esencial dicotomía posibilitadora de la desgracia o la esperanza. Estamos echando de menos una nueva concepción antropológica del hombre, capaz de prepararlo para la aventura que se le avecina, que ya empieza a manifestarse en multitud de muestras concretas. Pensemos en los servomecanismos de memoria automatizada, en los viajes espaciales, en lo que ocurrirá cuando las técnicas aplicadas en ellos, ahora mantenidas en el más absoluto secreto por las potencias que las emplean, sientan que han sido superadas por otras más eficaces y se decidan a emplearlas en la vida concreta del hombre, en la explosión demográfica y en la civilización del ocio, en tantos y tantos adelantos como se vienen sucediendo durante el transcurso de los pocos años transcurridos desde la terminación de la segunda guerra mundial. Con ellos, es decir, con los atisbos que de ellos nos llegan, en algún caso plenamente instaurados, las comunidades han transformado absolutamente sus condiciones de vida. Y el hombre vive en la comunidad, no puede prescindir de ella; desde ella y con ella realiza su vida; potencia y es potenciado. Los vértigos de una tienen al otro como principal destinatario. Siendo el hombre más libre que nunca, de acuerdo con la afirmación sartriana, no sabe qué hacer con sus recién estrenadas posibilidades de libertad. En el plano de las razones últimas de lo humano, no es menos cierta la opinión de Camus en *El mito de Sísifo* cuando escribe: «El universo es caótico. Entre el hombre y el mundo, entre la llamada del hombre y el silencio cósmico, entre nuestra sed de claridad y la opacidad del universo, entre nuestro afán de unidad y de valoraciones absolutas y todo lo que está fallando ante nosotros, se impone el absurdo, lo irracional y azaroso, el fracaso. Y el hombre sólo tiene una irremediable inquietud ante el enigma.» La sociedad sin fronteras, tecnológica y deseosa de humanizaciones y de humanizarse, nos está haciendo ver que la secularización del mundo —en principio una especulación de filósofos y teóricos— es hoy una realidad que ha empapado todos los sectores y resortes de lo humano. Y sin posibilidad alguna de desandar el camino. De lo que se trata —lentamente se va configurando— es de la creación de una nueva mentalidad humana, de un auténtico hombre nuevo, capacitado para integrarse en el mundo, hacerlo suyo, destinado a no sentirlo como un antagonista, sino

como el medio natural y primigenio donde tiene que vivir y realizarse inevitablemente. En el comienzo de esta tarea, sencilla y estremecedoramente pedagógica, nos encontramos los habitantes de la sociedad sin fronteras.

AREAS CULTURALES Y NUEVA SOCIEDAD

El paralelismo y la igualdad de modos y formas de vida ha desplazado cualquier clase de compartimientos estancos entre los pueblos. Si hace unos años las separaciones geográficas constituían barreras entre ellos, hoy día la geografía es más un puente de acercamiento que un espacio de separación. Es éste nuestro destino, aunque en numerosas ocasiones nos empeñemos en olvidarlo, aunque todavía tengamos presente las viejas cicatrices establecidas por las fronteras. Incluso en la madura Europa subsisten brotes nacionalistas. Pero por encima de las primeras y de los segundos, intravenosamente, no es difícil apreciar las relaciones de una cultura común y de una estirpe estrechamente emparentada. Por otra parte, los modernos medios de comunicación entre los hombres han traído como lógica consecuencia la creación de esta nueva sociedad, en la que, tanto los beneficios como los problemas, son de índole parecida por virtud de una poderosa ley de vasos comunicantes aplicada al intercambio social.

El cambio, vertiginosamente operado, tiene una singular importancia en orden a caracterizar los rasgos típicos de la vida que se nos viene encima a pasos agigantados. Un cambio que nos obligará a contemplarla y a contemplarnos a nosotros mismos desde perspectivas distintas y nuevas. Entre otras causas, ya anotadas, el turismo y la facilidad de los desplazamientos están estableciendo una absoluta nivelación entre todos los países. Si a ello unimos un cierto paralelismo en el desarrollo —unos países detenidos en el grado óptimo de sus posibilidades y otros tratando de alcanzarlo a toda costa—, nos encontraremos con que los caracteres propios de la sociedad de multitudes se dan por igual en buen número de lugares, al menos dentro de las mismas áreas culturales. Este hecho, decisivo y de profunda trascendencia, hará cambiar no sólo la óptica de las relaciones humanas, sino también su configuración y las formas de vida que han venido rigiendo hasta aquí la evolución de la sociedad mundial.

Si saltamos por encima de ciertas anécdotas diarias, apreciamos inmediatamente cómo el acercamiento entre los hombres se está produciendo más allá y a la vez más acá de las diferenciaciones impuestas por los idearios políticos. La revolución industrial, con mayores repercusiones la revolución atómica, que empieza a envolvernos, y las implantaciones tecnológicas han

superado las diferenciaciones impuestas por el maximalismo. Tanto el mundo capitalista como el comunista están marginando sus planteamientos prácticos para prestar mayor atención al bienestar desprendido de sus respectivos condicionamientos técnico-sociales. A ello contribuye poderosamente el que las formulaciones políticas de signo tradicional estén mostrando su incapacidad para servir de elementos reguladores de una sociedad que se desplaza desde sí misma a velocidades vertiginosas. La sociedad de hoy está buscando dramáticamente una síntesis política que le sirva de sostén y oriente en la justicia sus espectaculares saltos sobre la Historia.

Anotemos que, en determinadas estructuras, dos sociedades aparentemente tan dispares como la rusa y la norteamericana, empiezan a tener que encararse con parecidos problemas. La subversión juvenil está extendida por todos los países con muy similares calidades.

En los cinco últimos años el proceso de acercamiento ha avanzado mucho más que en los cincuenta anteriores. De seguir así es muy probable que dentro de poco la homogeneización en sus características humanas alcance un estadio de mayor igualdad. Ya no existen excesivas diferencias entre ingleses y franceses, entre alemanes y noruegos. La juventud, sobre todo, vive bajo parecidas condiciones en todas las partes del mundo, y la delincuencia juvenil, por referirnos a una manifestación concreta, acusa la misma virulencia en las distintas latitudes. Según los síntomas, ciertamente, nos encontramos ante una igualdad de nuevo cuño con respecto a las notas diferenciales que han mantenido e impulsado las sociedades tradicionales. Una real sociedad sin fronteras, pues, está creciendo entre nosotros un poco más cada día.

El fenómeno no puede soslayarse, e incluso en países que empiezan a pisar los umbrales del desarrollo económico —elemento sustancial del tipo de sociedad que estamos analizando—, vemos cómo con cierta falta de desenvoltura y tanteando en la oscuridad, se perfilan algunos motivos de acercamiento. Hoy los pueblos tienen muy cerca tanto lo que los admira como lo que los aterra de otros pueblos. El fenómeno tiene su propio proceso evolutivo y se van estrechando las redes de las influencias mutuas. Si antes sin pausa, pero con lentitud, ahora motorizadamente.

Queramos o no, la sociedad sin fronteras nos hará cambiar. Es un hecho inevitable, evidente y ya nos está moldeando a su antojo, llevándonos a remolque por los itinerarios que tiene trazados en su evolución caminante y secreta. Lo que haya de ocurrir en el futuro no puede predecirlo nadie; el tiempo es el único que puede decir la palabra definitiva, pero, ciertamente, en las condiciones en que hoy nos encontramos y en las que se desarrolla nuestra vida no estamos preparados para recibirla. La cuestión es

muy importante, tan importante como cualquier deslumbrante acontecimiento científico. En ella se encuentra implicada, nada más y nada menos, que la llegada a buen puerto de la aventura personal e intransferible de cada uno de los millones y millones de hombres que puebla la piel efervescente de nuestro tiempo. Es un problema grave y como tal debe abordarse. Elementalmente planteado el tema, necesitamos una pedagogía cuyo signo y norte equidistesen fundamentalmente de la que venimos utilizando y que tantas muestras de ineficacia está dando en todos los países. Los grandes espacios político-económicos sólo quedarán debidamente sedimentados naciendo de la constatación de las nuevas formas de vida. La regulación de éstas tendrá que ultimarse partiendo de la síntesis de los conjuntos históricos que la promueven.

Las masas ya no existen en el mundo. Se han convertido en multitudes. Y las multitudes están formadas por hombres que han elevado su nivel cultural. El hombre de la sociedad sin fronteras no puede ser sólo objeto de autoridad. Tiene responsabilidad política y moral y necesita ejercitarlas con participación y representatividad en la vida colectiva. Y no se nos diga que viene a ser lo mismo la consideración de los conjuntos humanos como masas o multitudes. Bien probado han dejado los políticos lo que ocurre en uno y otro caso. Actuar políticamente sobre masas no es lo mismo que actuar sobre multitudes. En las primeras cuenta la colectividad deshumanizada y necesita la autoridad sin concesiones. Las segundas están formadas por hombres y hay que descender hasta ellas, teniendo siempre a mano el temor de herir o destruir sensibilidades humanas.

Como toda pedagogía supone siempre la encarnación de una filosofía vital, que le es previa y subyacente, la renovación de la que precisamos ha de corresponderse con nuestro momento en crisis, sus exigencias y los nuevos contenidos desprendidos de una filosofía que, si ha de ser especulativa en sus líneas maestras, tiene que descender hasta el hombre, arraigándose en él la necesidad de ser eficaz en un mundo socializado por su propio enriquecimiento. No hay lugar para la pedagogía aristocrática. Se trata de armonizar y responsabilizar a todo hombre con el medio en que se desenvuelve; un medio formado por distintos estamentos: familia, Iglesia, sociedad, Estado, que se ha transformado o lo está haciendo, dejando tras sí lagunas y desconcierto.

LA CABEZA DE JANO

Tal y como aparece a nuestra vista, la sociedad de nuestro tiempo no está estructurada a la medida del hombre. A través de ella avanzamos me-

diante impulsos más que por reflexiones. La sentimos desplazarse, pero no terminamos de saber hacia dónde. De aquí la doble faz que presenta cuando auscultamos la vida de los habitantes que la forman. Ha aumentado considerablemente el repertorio de las posibilidades humanas. A su mismo ritmo, inmensos lagos de soledad cruzan por el corazón y el cerebro de ese hombre que se encuentra como abandonado entre millones de semejantes suyos. En una sociedad que no tiene barreras de contención, sin fronteras ni límites, se ha producido un auténtico antagonismo entre el hombre y la naturaleza. No están integrados, sino desarraigados. La primera, tecnolozizada, y el segundo, tanteando caminos, se han separado. El hombre ha olvidado partes esenciales de su ser por la velocidad de desplazamiento de un medio que le viene grande en todas sus partes. La angustia le acecha con sus sombras, y una inquietud sin origen ni destino le tiene atenazado sin que existan explicaciones. Si ha enlazado con una vida más cómoda y, en algún modo, más justa, tiene que pagar por ella el alto precio de no integrarse como tal hombre ni en la vida ni en la sociedad. El peligro es evidente y las estadísticas del mundo entero, con sus cifras escalofrantes, son suficientemente expresivas en cuanto se refiere a enfermedades mentales, por citar uno de los campos en que con más voracidad se manifiestan los oscuros abismos de la sociedad multitudinaria.

El hombre de hoy está siempre a punto de ser considerado como ser colectivo, olvidándolo como personalidad individual. Ciertamente tiene mucho de pequeño Sísifo incidiendo sobre una máquina de producción en la que no encuentra significado. Uno de los factores de integración que debe conseguir la sociedad sin fronteras, siempre bajo los condicionamientos de un humanismo adecuado, es hacer que se sienta creador y protagonista de los productos de su propio trabajo. En este sentido, la automatización del trabajo tiene que ser puesta al servicio del hombre. Es su destino primario. No puede dirigirse hacia otras metas. Existe todo un proceso de natural adaptación del hombre a las nuevas circunstancias impuestas a su alrededor que asegura en parte los desniveles que puedan producirse. Nuestra sociedad está captando en toda su noble grandeza los esfuerzos humanos que se llevan a cabo por parte del hombre para afianzarse y adaptarse a las incidencias del medio social. La necesidad así, una vez más, opera como un revulsivo hacia la superación.

En el otro lado de la balanza se encuentran las derivaciones morales afincadas en la sociedad sin fronteras. Las motivaciones éticas, como tantas otras parcelas, están variando de signo. La moral, empujada por el dinamismo social, no se proyecta hacia el exterior como una sobreabundancia de valores espirituales. No es un valor que configure las conciencias y sus

decisiones últimas. Lo que impera en el mundo es su sustitución por actitudes orientadas hacia le emulación del prójimo. El triunfo es el único guía del hombre. Se realiza a sí mismo, en tanto que destaca entre los demás. Existe hoy una moral de los triunfadores y la eficacia que se ha entronizado en el centro mismo de la vida, alejada en buena parte del bien o del mal en su condición rectora de la conciencia. Lo que importa al hombre de hoy no es recorrer con mejor o peor fortuna su singladura personal. El triunfo es el nuevo mito que ha suplantado a los antiguos dioses. Y es que los ideales ético-pedagógicos han quedado sofocados por la personalización del triunfo.

¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Qué va a ser de la sociedad y del hombre dentro de ella? Nada más lejos de mi propósito que intentar los esquinados caminos de la profecía. Por lo pronto es un hecho la enajenación del hombre, tal y como ha sido expuesta por la mayor parte de los pensadores de nuestro tiempo. Jaspers ha explicado cumplidamente los peligros de la maquinización al sustituir la iniciativa individual. Marcel ve al individuo «en estado parcelario». La conciencia de la crisis está viva en todos ellos. Y, sin embargo, en los pocos años transcurridos desde la aparición de estas ideas, aunque en algún sentido las cosas se hayan agravado, hemos visto que si la técnica encierra peligros, las compensaciones que ofrece producen un equilibrio que puede muy bien servir de plataforma para la estabilidad vital. No nos desvinculemos de la Historia. La aventura humana ha estado siempre surcada por incontables peligros. Hoy tenemos los nuestros. La crisis es algo que acompaña al hombre en todo momento. Como su propia sombra. Y no es posible saltar por encima de ella. Lo más probable es que la plena conciencia de la crisis actúe como un motor impulsor de los ascensos humanos. No hay cambio sin crisis. Sin uno y otra hace muchos años que la Humanidad se hubiera estancado por la falta de dificultades que vencer. A costa del error, el hombre sigue. A pesar del error y contra el error. Ahora se trata de encontrar un nuevo sentido humano del trabajo. El «hombre total», que ha de surgir de la civilización del ocio, ha de irse montando, pieza a pieza, sobre la realidad confusa que alienta en la actualidad. El mundo científico tiene que terminar arraigándose en el proceso totalizador del nuevo humanismo. La técnica, como un componente más, debe integrarse en el destino del hombre. No hemos terminado en la situación donde nos encontramos. Sólo somos elementos de transición. Lo que ha terminado, teóricamente, es el tipo de hombre que hizo la revolución industrial. En la práctica, somos todos y cada uno de nosotros. De donde se deduce la disociación hombre-naturaleza u hombre-medio social, a cuyos callados estertores estamos asistiendo. Lo que tenemos delante no es ya la revolución industrial, sino la revolución atómica. Una buena parte de

los problemas que nos acucian tiene su origen en no haber sido capaces de desprendernos de la primera para vivir en plenitud los primeros momentos de la segunda. En su obra *El mundo visto por la física*, el gran científico Von Weizsäcker se ha referido a estos temas con las siguientes palabras: «Es seguro que la rueda de la Historia no volverá atrás. Ella no destruirá el concepto puro y metódico de la ciencia que la Edad Moderna ha elaborado. Pero nos enseñará a ver ciertas cosas que se nos habían escapado hasta el presente porque no queríamos verlas. Acaso un día —nadie puede decir ahora si esta fecha está cerca o lejos— un hombre nuevo abrirá los ojos para verse, maravillado, delante de una nueva naturaleza.» Erns Jünger, del mismo modo, refiriéndose a temas capitales de nuestro tiempo, como son las nuevas formas de cultura, el trabajo, el mito del trabajador y la técnica, dejó dicho: «Lo que pertenece al ayer ya no es real, y lo que pertenece al mañana no se ha hecho aún patente. Así se comprende el error de quien considera que la uniformización del mundo antiguo es característica esencial del nuestro. Pero esta uniformización concierne solamente al área de disolución... El telón ha caído, se está preparando la transformación de las personas y los escenarios. Sobre toda la tierra, las transformaciones destructivas por vías naturales y espirituales golpean la mirada más que los preparativos de los nuevos escenarios: masas e individuos, sexos, razas, pueblos, naciones, paisajes, al igual que personas, profesiones, sistemas ideológicos y Estados sufren una acción que, ante todo, parece implicar la completa destrucción de sus leyes.» Estas palabras, pronunciadas hace unos cuarenta años, son ciertas en sus líneas esenciales. También es cierto que en este espacio de tiempo hemos sentido cómo desde el análisis de nuestro tiempo, crítico siempre, hemos pasado a una consideración en la que cuenta lo que vayamos a hacer con los medios puestos en nuestras manos además de su consideración como elementos desniveladores. El qué pueda ser de nosotros, el qué va a ser, es hoy una preocupación de tan descomunales proporciones que está impregnando toda la vida diaria del mundo. Visión, desde luego, apocalíptica, que, sin saberlo nosotros, está condicionando una gran parte de las grandes decisiones político-económicas e incluso la actitud diaria de cada hombre concreto. Cuando, por ejemplo, se produce una crisis política, el interés del mundo no está guiado por lo que en sí misma representa, sino por el inconsciente temor de las consecuencias de una guerra nuclear. El miedo a ésta, inconsciente y callado, es como un león soñoliento que cuando se despierta desgarrar las fibras más íntimas del ser humano. Es, sin duda, nuestro mayor problema. Está clavado en las galerías más hondas del hombre y desde ellas, quizá sin saberlo, se está ordenando y gobernando el mundo.

Resulta curioso comprobar que desde esta latente y actuante situación de miedo colectivo, como una derivación inevitable, se ha producido en el mundo y en el hombre una subversión total de valores donde de hecho lo que se encuentra en peligro es nuestra propia supervivencia como hombres, como seres humanos dotados de una sensible receptividad moral.

La sociedad sin fronteras sigue su paso en el desconcierto. No es sino un estadio del proceso total. La confianza nuestra está centrada en los poderes del espíritu. A través de la Historia hemos tenido ocasión de comprobarlo. Pero el hombre del siglo XX no se siente con los suficientes basamentos históricos. Es más, siente un acusado desprecio por la Historia. De aquí su miedo, falto de orígenes conscientes. Jünger, siempre en punta de vanguardia, después de estudiar las nuevas entidades humanas y culturales aparecidas en el mundo, ha expresado su fe en una estabilización fecundante y plena. Se trata de recuperar la unidad esencial de lo humano e integrar en ella los conceptos en pugna: ciencia, técnica, masas, cultura, espíritu, razón, etc., que hoy se enfrentan entre sí. Una perspectiva humanística, que teóricamente se encuentra esbozada, está esperando para asumirlas en su marco integrador.

Seguramente caben otros caminos. Desde una perspectiva real es éste el más indicado. No podemos escapar del crecimiento de la población, de la revolución tecnológica o del primer plano ocupado por las multitudes —cito algún sector concreto—, por la sencilla razón de que no podemos, ni queremos, prescindir del progreso y del bienestar que el tiempo y ellas nos han traído.

Los problemas de la sociedad sin fronteras no pueden tener ahora soluciones de tipo total. Porque ella misma no tiene sentido de totalidad. Lo más importante que cabe hacer, y la tarea es realmente ennoblecedora, es señalar las posibles direcciones de superación que debe tomar. A su lado se encaminará el hombre con toda su carga de esperanzas y desesperaciones.

FERNANDO PONCE